

# Hispanismo es Indigenismo

*Por Alfonso Junco*

**E**L 12 de octubre celebramos aquel memorable día en que Colón, sollozando de júbilo y de victoria, besó tierras de América y alzó en ellas la cruz. El pretendía abrir nuevo camino para las Indias y creía tocarlas, cuando topó con un inmenso continente que se alzaba a mitad de su carrera y que ni en sus sueños existía. Pero quedó así integrado el mundo, y quedó potencialmente incorporado nuestro hemisferio a la civilización y al cristianismo. Que estas grandes repercusiones suelen tener los grandes propósitos, y, aun a despecho de los yerros humanos, suele Dios coronar con imprevistas verdades el tesón de la heroica voluntad.

Aquella empresa sustancialmente española —del todo ajena al rincón nativo de Cristóbal Colón, vana y puerilmente disputado—; aquella empresa acariciada en La Rábida, auspiciada por Fray Diego de Deza, acometida en nombre y al impulso y amparo de los Reyes Católicos, con el concurso decisivo de los Pinzones y con naves y gentes españolas, inauguró el contacto, doloroso y glorioso, de Europa con América, inauguró la efusión y la fusión de sangres que gestaría el alumbramiento de nuestros pueblos. Acaso por ello ha venido designándose el 12 de octubre como el Día de la Raza.

Pero raza no significa para nosotros exclusión altanera, sino amorosa

compenetración; no implica la teoría materialista y pagana de un racismo aislante, sino al revés, la doctrina espiritualista y cristiana de un ecumenismo integrador.

Integrador en nuestro caso —dentro de la vasta hermandad de todos los

hombres— de esta egregia comunidad espiritual que llamamos la Hispanidad. Común denominador, signo unitario que no borra, sino levanta a superior armonía, las diferencias étnicas, las aportaciones locales, los valores autóctonos. Voz de la historia y de la lengua, voz de la religión y la cultura.

\* \* \*

Nuestra raza no es racista. Al contrario. Nutridos de sustancia católica, vale decir universal, somos auténticamente hispanistas, y por eso, somos auténticamente indigenistas. Quisiera alumbrar este concepto, que suele andar tergiversado y confuso: porque las palabras mismas parecen plantear una alternativa, facilitando así el equívoco y tendiendo la emboscada.

Ello ocurre a menudo. Así, por filosófico ejemplo, materialismo y espiritualismo figuran como doctrinas antitéticas: mas no lo son con paralelismo exacto. Porque materialista es el que NIEGA el espíritu y reduce todo a materia: en tanto que espiritualista es el que afirma la existencia del espíritu,

pero NO NIEGA, sino sostiene, la existencia de la materia. El materialista, pues, afirma la materia y niega el espíritu; el espiritualista afirma el espíritu y afirma la materia.

Más aún. El espiritualista cristiano proclama el respeto a la materia como hechura divina; propugna la entereza corporal; tiene por sagrada la vida, así la ajena como la propia, así la realizada como la posible: postula la reverencia al cuerpo humano como instrumento del alma y como templo vivo del Espíritu. Con todo lo cual, por curiosa mas no única paradoja, el espiritualista viene a ser defensor de la materia y a exaltarla a una jerarquía que nunca podrá otorgarle el materialista.

\* \* \*

Cosa de algún modo parecida acontece con los términos de indigenismo e hispanismo.

El indigenismo —cierto indigenismo al uso, que acaso quiere monopolizar el título— suele prescindir del hispanismo y aun repudiarlo, quedarse con el indio en vivas plumas, encantarse con su exotismo pintoresco.

El hispanismo, en cambio, al afirmar lo hispánico, afirma precisamente

lo indígena, que no es ya cosa contrapuesta ni ajena a la hispanidad, sino fundida con ella en una totalidad étnica e histórica objetivada por veinte pueblos.

El hispanismo católico —único hispanismo entero y verdadero, porque lo católico es la entraña misma de lo hispano—, ama y siente al indígena como cosa propia. No lo segrega, sino lo incorpora. Quiere su mejoría y exal-

tación integral, como persona. No mira al indio como bicho raro, sino como hombre.

Ese indigenismo adorador del dialecto y de la orejera y del collar, que busca ejemplares de indios como bus-

caría ejemplares de fauna exótica, huele mucho a novelería y mentalidad de «reservation». Puede pasar para turistas. Pero resulta, a la postre, denigrante para los indígenas a quienes pretende exaltar.

\* \* \*

El hispanismo, al revés, nutrido de católica savia, no entiende al indio como mitotería pintoresca, sino como dramática humanidad.

No ya hispanistas, sino hispanos, son cuantos iniciaron y arraigaron en América el conocimiento y la dignificación del indígena, su incorporación fraterna y sin repulgos a una comunidad más vasta y a una cultura superior. Todo ello respetando cuanto en los modos y costumbres indígenas era bueno o indiferente; corroborando con amor sus peculiares aptitudes y sus gustos nativos; y sólo repudiando las cosas inhumanas o inferiores: sacrificios sangrientos, antropofagia, idolatría, poligamia...

Siguiendo las huellas de Isabel —que porque fué de veras la Católica fué de veras indigenista—, la Corona de España defiende siempre a los indios ante los abusos y ferocidades engendrados por la guerra y el apetito dominador.

Un pariente de Carlos V viene a esconderse en un rincón de América —en el convento de San Francisco, de Méjico, cuna de la civilización del Continente—, y muere nonagenario, todo absorto en su portentosa tarea educativa. Es Pedro de Gante.

Del colegio franciscano de Tlalteolco salen indios respetables y doctos,

que saben de latín y de gobierno, que descuellan en la vida intelectual y social, como aquel don Antonio Valeriano, evangelista de la «Buena Nueva» del Tepeyac.

Don Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, junta a los indios en comunidades ideales, fomenta la limpieza de su alma y de su cuerpo, organiza el trabajo y la economía con un realismo tan certero y tan eficaz, que todavía al cabo de cuatro siglos deja huellas vivientes.

Un encomendero, Bartolomé de las Casas, siente el grito cristiano de su hispanidad, y deja sus indios, y llega a obispo, y vuélvese feroz adalid de todos ellos. ¿Quién ha exagerado y vociferado contra los españoles con tan abrupta intemperancia —y tan respetada libertad— como él? ¿Y quién ha dicho más suaves y enamoradas cosas de los indios que otros también mitrados: Julián Garcés, el venerable Palafox?...

Escudriña Sahagún y registra acuciosamente la historia y peculiaridades de los nativos; la pléyade de los misioneros lleva luz científica al intrincado laberinto de las lenguas. Mas todo ello con calor vital: no para arrellanarse en la filología y el folklore, sino para lanzarse a la redención de aquellas almas humanas,

Lo que da nervio y profundidad al heroísmo de aquellos grandes indigenistas, es puntualmente lo que tienen de hispanos, lo que tienen de cristianos. La mera inspiración indígena sería impotente para esos frutos. Necesitábase precisamente la inspiración hispánica, la aportación providencial de

la cultura y la religión que España trajo y consubstanció en nuestra vida.

Nadie es, pues, mejor indigenista que un buen hispanista. Quien desdén o repudia lo hispanocatólico, podrá ser un selecto explorador del indígena como curiosidad: nunca un entrañable amor del indígena como hombre.

\* \* \*

Nosotros, justamente por nuestra herencia hispánica, jamás hemos sentido diferencias por el color de la piel: indios, mestizos, criollos, convivimos naturalmente y sin reparar en ello; nunca es la raza motivo de acrimonia ni de exclusión; lo mismo en la escuela que en la oficina, en el foro que en el ejército, en la mitra del prelado que en la silla del Presidente, pueden alternar y alternan, sin asombro ni repulgo de nadie, todos los «pigmentos».

donde, a despecho de la libre igualdad que en otros órdenes triunfa, vemos que los indígenas fueron destruidos y sólo subsisten en calidad de apartada rareza, como vemos que los negros constituyen clamorosa muchedumbre más o menos postergada. ¿Hay nadie que mire hoy como factible el que subiera a Presidente de los Estados Unidos un indio o un negro?

Para avalorar esta excelencia, genuina y medularmente cristiana, que nos pasa inadvertida por lo mismo que nos es connatural, no tenemos sino volver los ojos a los Estados Unidos,

Pues esto, que no se tiene en los países de mayor auge democrático, y que implica un concepto primordial e ineludible para la dignificación del indígena, lo tenemos nosotros, y lo tenemos como herencia y mensaje de nuestra cristianísima hispanidad.

\* \* \*

Recapitulemos, volviendo a nuestro punto de partida.

El espiritualista cristiano no niega la materia, sino la afirma y levanta a mayor jerarquía. De manera semejante, el hispanista cristiano no niega al indígena, sino lo afirma y exalta a verdadera sublimación.

dignificar a la materia: así el indigenista que niega lo hispánico, se incapacita para dignificar al indígena.

Y así como el materialista que niega el espíritu, se incapacita para

No hay, en suma, oposición entre indigenismo e hispanismo. Podrá haber variedad de dosis y de acentos en la estimación; podrá haber, de ambos lados, espíritus angostos que no abarquen y sobre todo que no vivan esta síntesis. Pero el hispanismo auténtico es el auténtico indigenismo.